

De los tantos estigmas que sufrí por ser bipolar

LUIS BRENIA

*El traje de las lágrimas
lo he encontrado siempre cortado a mi medida.*

León Felipe en *Escuela*

Recordarán los lectores que me hayan seguido desde los inicios de mi andadura en esta tan amada revista que dediqué el segundo de mis artículos a hablar abiertamente de mi condición de bipolar, en tanto que el primero obedeció a una exposición general de mi obra. Lo hice porque tal condición, que no enfermedad mental (al menos en mi particular caso), y dados sus tan complejos pesos y alcances, comprende ser un gran vector muy capital en mi persona, como lo sería en la de cualquiera que la gozase y sufriese; que nadie se piense que desvarío en mis episodios aposta o que me invento la suspicacia inusual o improcedente – contra la que me medico expresamente– o que trepo hasta cotas de clarividencia de lo más geniales no más que porque sí o que me saco mi tan portentosa creatividad del bolsillo a capricho. Todo, absolutamente todo comprende sus facturas, a veces demasiado caras para mí. Pero esto los cabales

parecen no percibirlo. Para tales un bipolar es una persona exótica a las que gustan de poner como en vitrina para mirar y remirar por todos los lados –cosa que se me ofrece particularmente muy molesta y hasta denigrante–, de lo que deduzco que por cada bipolar que puedan distinguir, yo me conozco mil cuerdos; de manera que sé mucho más mejor que tales cómo funcionan y son, y que no me despiertan ninguna envidia (salvo cuando aman).

Desde que me jubilé y cerré mi empresa (yo era un gran panadero artesano rural que tenía en la ciudad de Cáceres mis principales mercados), me encerré en mi recogido y muy querido pueblecito y decidí llevar una taxativa y de lo más entregada vida de ermitaño, a fin de huir de la gran fábrica de estigmas que para mí fue la tan provinciana como corta farándula cacereña (entre la que yo me moví muchos años, llegando a ser un pintoresco personaje un tanto alocado) y dedicarme a meditar de la mano de mi profesión, la novelística; decisión que me acarreó una gran producción literaria y también una desconexión cuasitotal de la capital y sus gentes.

Podría citar toda una generosa retahíla de nombres propios de cacereños y cacereñas que, tanto a nivel personal como de clanes, me estigmatizaron y hasta vilipendiaron y maldijeron, y también innumerables anécdotas de muy diversos cortes y colores, pero no lo voy a hacer porque me considero una persona con bastante clase y, aunque permanezca en mi alma y mi tozuda y dolida memoria una

especie de amargo sinsabor, no les guardo rencor, si acaso un poco de lastimera pena y, sí, ciertas anidadas aprehensiones, resquemores y /o miedos reflejos.

Mas, como excepción a la regla, destacaré, porque me place, solo una anécdota para que los lectores juzguen por sí mismos si es para morirse o no, tirarse de los pelos, echar las bilis o soltarlo todo por la boca y maldecir al malnacido que la protagonizó.

En 1993, cuando yo contaba treinta años, salió a la luz mi primera novela, titulada «El discreto pulso de La Matagangas», de la mano de una pequeña editorial e imprenta que surgió en Hinojal, llamada Luz de Luna; novela que no he querido reeditar para cuidarme de su peligrosísimo contenido, ya que comprende una fácil receta terrorista al alcance de cualquiera.

La cosa es que hice una presentación de la misma en el bar de moda (de la farándula), a la que asistieron muchos de mis amigos y también algunos desconocidos. Resulta que entre tales se infiltró un periodista de cuyo nombre no quiero acordarme, y que aún ejerce, a pesar de lo pésimo y cargante que es escribiendo, el cual, lo diré, no es extremeño.

La presentación no resultó mal, y vendí unas tres docenas de ejemplares, uno de los cuales llegó a parar a las manos del citado Juan, el cual, ni corto ni perezoso, hizo de mí el hazmerreír de su sección en el diario, burlándose *in extremis*

y, no contento, contó a sus pobres y malintencionadas y jocosas maneras mi novela de arriba abajo. Si tal cosa me llegase a suceder hoy no dudaría un ápice en denunciarle, sencillamente porque eso no se hace. Una cosa es levantar una sinopsis y otra muy distinta desnudar públicamente y a mala fe un trabajo ajeno. ¿No lo ven así?

«El discreto pulso de La Matagangas» sucede en el Cáceres de aquella época, cuando se implantó en la ciudad el primer gran hipermercado, y narra cómo una especie de Robin Hood de los pequeños comerciantes decide pararle los pies al coloso y cómo lo consigue.

Para que vean el calibre de mi apuesta por dicha novela, señalaré que pagué a un considerable precio a la correspondiente agencia los derechos para incluir en la misma un artículo de William Pfaff, que había aparecido en El País, titulado «Las tendencias totalitarias del capitalismo salvaje» y que puede encontrarse en Google.

Bien, una vez vengada, dejemos la anécdota atrás, para referir que mi gran amigo Jakob Surek (DEP) me observó en cierta ocasión que yo era una persona muy accesible, pacífica, muy sensible, talentosa y de lo más educada; a lo que yo le contesté que, en base a dicho cóctel, abundaban las personas a las que tras darle de muy buena fe mi mano sucedía que, envalentonándose, faltándome los mínimos respetos, se tomaban el hombro y hasta llegaban a amenazarme con subírseme a las barbas; cuestión que me

había acarreado no pocos disgustos, conflictos y decepciones, y que había revertido en forjarme especialmente cuidadoso, suspicaz y miedoso para con los cabales, restringiéndome mucho la vida y el amor hacia la misma.

Se me estigmatizaba por raro, exótico, calavera y original; por proceder de un pueblo y ser extremadamente culto, demasiado creativo irremediablemente desordenado (ya que lo traigo de fábrica, qué le vamos a hacer) e imprevisible, ser un empedernido solitario que con nadie se casaba, débil y profesar un oficio del que nadie sabía en verdad ni media y que, siendo de lo más noble, los muy ignorantes tenían por de lo más chabacano, llano y vulgar, feo y anodino (cuando todo ello se cita de lo más alejado de la realidad), también por ser demasiado descuidado para con lo tangible, falta de esa cívica educación de modales y paripés que tanto calan y que no se preocuparon de enseñarme en la Universidad y andarme a mi entera bola; de tal manera que concluí que *grosso modo* se me estigmatizaba por ser quien era, y esto se me ofreció lo peor de lo peor, de manera que entraba en bucles de los que no encontraba el medio de salir.

Y lloré, y lloré, y lloré.

(Porque no encontraba el modo de salir de aquella jaula de compichados locos que no entendían de mi misa la mitad de la mitad y mi única opción era la de roer y roer zapatos.)

Y lloré, pero, sin darme ninguna cuenta, a fin de

compensar cuantos palos me daba y siguió dando la vida, un titán de la reflexión y la meditación creció en mí tanto que, vean ustedes, aquí me tienen casi hecho una estrella si no un cuasar.

¿No es maravilloso?